

LEE CHILD

ESCUELA NOCTURNA

UNA NOVELA DE JACK REACHER



Es 1996 y Jack Reacher todavía está en el ejército. El día empieza bien para él: por la mañana le dan una medalla. Sin embargo, al llegar la tarde lo mandan de vuelta al colegio. En el aula se encuentra con un agente del FBI y un analista de la CIA. Los tres son oficiales de alto nivel. Los tres acaban de obtener reconocimiento por haber prestado un servicio extraordinario a los Estados Unidos. Y los tres se preguntan qué diablos están haciendo allí. Al otro lado del océano, en Hamburgo, Alemania, entre los restos de la recién acabada Guerra Fría, un nuevo enemigo está tramando algo grande. Y hay un americano involucrado. Acompañado de su fiel sargento Neagley, Reacher deberá lidiar con enemigos propios y ajenos, cargando sobre sus hombros, una vez más, el futuro de la humanidad.

Dedicado con un sincero agradecimiento a los
hombres y mujeres de todo el mundo que
hacen de verdad estas cosas

UNO

Por la mañana a Reacher le dieron una medalla y por la tarde lo mandaron otra vez a la escuela. La medalla era otra Legión al Mérito, la segunda que recibía. Era un objeto precioso, esmaltado en blanco, con una cinta a medio camino entre el violeta y el rojo. La Resolución del Ejército 600-8-22 otorgaba esta condecoración a las conductas excepcionalmente meritorias en el desempeño de servicios extraordinarios para los Estados Unidos en posiciones clave de responsabilidad. Un objetivo que, técnicamente, Reacher había superado. No obstante, intuyó que el verdadero motivo por el cual la estaba recibiendo era el mismo por el cual la había recibido antes: era una transacción. Una prenda contractual. *Coge la baratija y mantén la boca cerrada respecto a lo que te pedimos que hicieras para obtenerla.* Algo que Reacher hubiera hecho de todos modos. No era algo de lo que alardear: los Balcanes, el trabajo policial, encontrar a dos hombres locales que guardaban secretos de los tiempos de guerra, quienes enseguida fueron identificados, localizados, visitados y disparados en la cabeza. Todo formaba parte del proceso de paz. Todos los intereses quedaron satisfechos y la región se calmó un poco. Dos semanas de su vida. Cuatro balas. Nada especial.

La Resolución del Ejército 600-8-22 era sorprendentemente imprecisa en cuanto a la manera exacta en que se tenían que entregar las medallas. Solo indicaba que las condecoraciones debían otorgarse en un ambiente de for-

malidad apropiado y con una ceremonia adecuada. Lo cual por lo general implicaba una sala grande con mobiliario dorado y unas cuantas banderas, y un oficial de rango superior al galardonado. Reacher era comandante, tenía doce años de servicio a sus espaldas, pero esa mañana se entregaban también otros premios, incluyendo tres a un trío de coroneles y dos a un par de generales de una estrella, por lo cual la persona más importante de entre las presentes era un tres estrellas del Pentágono, a quien Reacher conocía desde hacía muchos años, cuando había salido de su base en Fort Myer para ejercer de comandante de batallón del Departamento de Investigaciones Criminales. Un pensador. Sin duda lo suficientemente pensador como para saber por qué un comandante de la Policía Militar estaba recibiendo una Legión al Mérito. Tenía en los ojos una mirada particular, en parte irónica y en parte seria, del tipo «cerremos el trato». *Coge la baratija y mantén la boca cerrada*. Quizás en el pasado él había hecho lo mismo. Quizás más de una vez. En la pechera izquierda de su americana clase A tenía una macedonia de condecoraciones, que incluía dos Legiones al Mérito.

El salón, adecuadamente formal, estaba bien entrado Fort Belvoir, en Virginia. Estaba cerca del Pentágono, lo cual resultaba conveniente para el tres estrellas, y casi igual de cerca de Rock Creek, por lo que también le convenía a Reacher, que había estado haciendo tiempo allí desde que había regresado. No era tan conveniente para los demás oficiales, que habían llegado en avión desde Alemania.

Los asistentes se pasearon, charlaron de esto y de aquello, se estrecharon las manos. Después todos se quedaron en silencio, alineados y en posición firmes, intercambiaron saludos y se colocaron o abrocharon las medallas de diferentes maneras. Después se pasearon de nuevo, charlaron de esto y de aquello, se estrecharon las manos. Reacher se fue acercando lentamente hacia la puerta,

con ganas de irse, pero el tres estrellas lo interceptó antes de que llegara. Le estrechó la mano, lo cogió del codo y le dijo:

–He escuchado que vas a recibir nuevas órdenes.

–Nadie me dijo nada –dijo Reacher–. No todavía. ¿Dónde lo escuchaste?

–De mi sargento primero. Están todo el tiempo hablando. Los suboficiales del Ejército de los Estados Unidos tienen el radio patio más eficiente del mundo. Nunca deja de sorprenderme.

–¿Adónde dicen que voy a ir?

–No lo saben con seguridad. Pero no lejos. Cerca de aquí. Al parecer la flota recibió un requerimiento.

–¿Cuándo se supone que me lo van a notificar?

–En algún momento del día de hoy.

–Gracias –dijo Reacher–. Es bueno saberlo.

El tres estrellas le soltó el codo y Reacher siguió acercándose lentamente hacia la puerta, la cruzó y salió al pasillo, donde un sargento de primera clase medio resbaló hasta quedar en posición firme y saludó. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido una larga distancia. Como si viniera de alguna parte lejana de aquellas instalaciones, en la que, quizás, se llevaba a cabo el verdadero trabajo.

–Señor, el general Garber le felicita y le pide que se presente en su oficina tan pronto como pueda –dijo el tres estrellas.

–¿Adónde voy, soldado? –preguntó Reacher.

–Cerca de aquí –le respondió–. Aunque teniendo en cuenta dónde estamos, eso podría significar muchas cosas.

La oficina de Garber estaba en el Pentágono; Reacher llegó hasta allí en coche con dos capitanes que vivían en Belvoir pero trabajaban de tarde en el anillo B. Garber tenía su propia oficina, cerrada, situada dos anillos más adentro

y dos pisos más arriba, y custodiada por un sargento en un escritorio delante de la puerta. El sargento se puso de pie, acompañó a Reacher a la oficina y anunció su nombre, como si fuera uno de esos mayordomos que salen en las películas antiguas. Después dio un paso a un lado e inició la retirada, pero Garber lo detuvo y le dijo:

–Sargento, me gustaría que se quedara.

Así que se quedó, en posición de descanso, con los dos pies plantados sobre el parquet brillante.

Un testigo.

–Siéntese, Reacher –dijo Garber.

Reacher se sentó en una silla para visitas, con patas de tubo, que se hundió bajo su peso e hizo que se inclinara hacia atrás, como si un fuerte viento le soplara en contra.

–Tiene nuevas órdenes –dijo Garber.

–¿Cuáles y dónde? –dijo Reacher.

–Va a volver a la escuela.

Reacher no dijo nada.

–¿Decepcionado? –preguntó Garber.

De ahí el testigo, supuso Reacher. No era una conversación privada. Se requerían los mejores modales. Dijo:

–Como siempre, general, estoy feliz de ir donde el Ejército me envíe.

–No suena muy feliz. Aunque debería estarlo. El desarrollo profesional es algo maravilloso.

–¿Qué escuela?

–Le están enviando todos los detalles a su oficina mientras hablamos.

–¿Cuánto tiempo permaneceré allí?

–Depende de cuánto se esfuerce. El tiempo que sea necesario, supongo.

Reacher cogió un autobús en el aparcamiento del Pentágono y viajó dos paradas hasta la base de la colina al pie del cuartel general de Rock Creek. Subió la cuesta cami-

nando y fue directo a su oficina. Encontró un fino expediente sobre su escritorio. En la portada aparecía su nombre, algunos números y el título de un curso: *El impacto de la innovación forense reciente en la cooperación intergeneracional*. Dentro había algunas hojas, aún calientes de la fotocopiadora, entre las que figuraba la notificación formal de un destino temporal a lo que parecían ser unas instalaciones alquiladas en un parque empresarial de McLean, Virginia. Tenía que presentarse allí antes de las cinco de esa misma tarde. Debía ir vestido de paisano. Allí encontraría los cuarteles residenciales. Le darían un vehículo personal. Sin chofer.

Reacher se encajó el expediente bajo el brazo y salió del edificio. Ya no le interesaba a nadie. Era un fraude. Un anticlímax. El radio patio de suboficiales había contenido el aliento, y lo único que había recibido era un curso insignificante con un título de mierda. En absoluto emocionante. Así que ahora era una no persona. Estaba fuera de circulación: ojos que no ven, corazón que no siente. Como un jugador de béisbol en la lista de lesionados. Quizás en un mes alguien lo recordaría de pronto y, por un segundo, se preguntaría cuándo volvería, o si volvería, para después volver a olvidarlo con la misma rapidez.

El sargento de guardia puertas adentro alzó la vista, y miró para otro lado, aburrido.

Reacher tenía muy poca ropa civil, y algunas de esas prendas ni siquiera lo eran realmente. Los pantalones que usaba cuando no estaba de servicio eran unos del Cuerpo de Marines, color caqui, de hacía alrededor de treinta años. Conocía a un tío que conocía a un tío que trabajaba en un almacén donde, según decía, había un montón de trastos viejos que habían sido devueltos por error durante la presidencia de Lyndon B. Johnson y que nunca se habían vuelto a inventariar. Al parecer la clave de la historia era

que los viejos pantalones de los marines eran casi iguales a un modelo nuevo de Ralph Lauren. No es que a Reacher le importara demasiado el parecido, pero cinco dólares resultaba un precio interesante. Y los pantalones estaban bien: nuevos, nunca expedidos, bien doblados, con un poco de olor a humedad pero válidos al menos por otros treinta años.

Con las camisetas ocurría algo parecido: eran viejas prendas del Ejército, pálidas y gastadas por los lavados. Solo su cazadora era decididamente no militar. Se trataba de una Levi's vaquera de color tostado, auténtica en todas sus partes, incluida la etiqueta, pero cosida por la madre de una antigua novia en un sótano en Seúl.

Se cambió, guardó el resto de sus cosas en una bolsa y un portatrajes y las llevó hasta un Chevy Caprice negro que estaba aparcado en el bordillo de la acera. Supuso que era un viejo coche blanco y negro de la Policía Militar, ya fuera de circulación, con las pegatinas arrancadas y los agujeros de las luces y de las antenas sellados con tapones de goma. Tenía la llave puesta. El asiento estaba gastado. Sin embargo el motor arrancó, la caja de cambios funcionaba y los frenos iban bien. Reacher hizo girar aquel trasto como si condujera un buque de guerra y se dirigió hacia McLean, Virginia, con las ventanillas bajadas y la radio encendida.

El parque empresarial era uno de tantos, todos iguales, en color marrón y beige, con tipografías discretas, césped tupido, algunos árboles de hoja perenne, complejos de edificios bajos, de dos o tres pisos, que se prolongaban hacia afuera a través de tierras vacías, personal de servicio escondido detrás de nombres modestos y sosos, y cristales oscuros en las ventanas de las oficinas.

Reacher encontró el lugar por el número de la calle, y aparcó una vez pasado un letrero a la altura de las rodillas

que ponía *Soluciones Educativas Sociedad Anónima* en una tipografía tan sencilla que parecía infantil.

Aparcados en la puerta había otros dos Chevy Caprice. Uno era negro y el otro azul marino. Los dos más nuevos que el de Reacher y los dos propiamente civiles, puesto que no tenían tapones de goma ni puertas pintadas. Eran coches del gobierno, sin duda, limpios y brillantes, cada uno con dos antenas más de las que se necesitan para escuchar un partido de béisbol. Pero esas dos antenas extra no eran iguales en uno y otro caso. El coche negro tenía unas agujas cortas y el coche azul unas fustas más largas, con configuraciones y longitudes de onda distintas. Dos organizaciones diferentes.

Cooperación interagencial.

Reacher aparcó al lado y dejó las bolsas en el coche. Atravesó la puerta y entró a un vestíbulo vacío sobre cuyo suelo se extendía una alfombra gris y resistente y de cuyas paredes colgaban macetas de helechos, diseminadas aquí y allá. En una puerta se leía la palabra *Oficina*. En otra, la palabra *Aula*: Reacher la abrió. Había una pizarra verde al frente de la sala, y veinte pupitres universitarios, en cuatro filas de cinco, con un pequeño saliente a la derecha para dejar el lápiz y el papel.

Dos hombres, los dos de traje, se sentaban en dos de los pupitres. Un traje era negro y el otro azul marino. Como los coches. Los dos estaban mirando al frente, como si hubieran estado hablando hasta quedarse sin nada que decir. Tenían más o menos la misma edad que Reacher. El del traje negro tenía la piel pálida y el pelo oscuro, peli-grosamente largo para alguien con un coche del gobierno. El del traje azul también era pálido y tenía el pelo rapado, sin color. Como un astronauta. Con la contextura física de un astronauta, también, o de un gimnasta recién retirado.

Reacher entró, y los dos giraron para mirarle.

—¿Quién eres? —preguntó el de pelo oscuro.

–Eso depende de quién seas tú –dijo Reacher.

–¿Tu identidad depende de la mía?

–Depende de ella si te la digo o no. ¿Los coches que están ahí afuera son vuestros?

–¿Es eso significativo?

–Sugiere algo.

–¿En qué sentido?

–En el de que son distintos.

–Sí –dijo el hombre–. Esos son nuestros coches. Y sí, estás en un aula con dos representantes distintos de dos agencias gubernamentales distintas. Estás en la escuela de cooperación, donde nos van a enseñar todo lo que hay que saber acerca de cómo llevamos bien con otras organizaciones. Por favor no me digas que eres de una de esas organizaciones.

–Policía Militar –dijo Reacher–. Pero no te preocupes, estoy seguro de que para las cinco en punto habrá mucha gente civilizada aquí. Puedes pasar de mí y llevarte bien con ellos.

El de pelo rapado alzó la vista y dijo:

–No, yo creo que solo somos nosotros tres. Creo que no hay nadie más. Solo hay tres dormitorios preparados, he echado un vistazo.

–¿Qué clase de escuela gubernamental tiene solo tres estudiantes? –dijo Reacher–. Nunca había escuchado nada parecido.

–Quizás somos el cuerpo docente. Quizás los estudiantes viven en otra parte.

–Sí, eso tendría más sentido –dijo el hombre de pelo oscuro.

Reacher recordó la conversación en la oficina de Garber. Dijo:

–El que habló conmigo lo llamó desarrollo profesional. Tengo la fuerte impresión de que voy a estar del lado de los que reciben y no del lado de los que dan. Entonces pareció sugerirme que podía terminar rápido si me esfuerza-

ba, por lo que no creo ser parte del cuerpo docente. ¿Las órdenes que recibisteis vosotros sonaban distinto?

–No tanto –dijo el de pelo rapado.

El de pelo largo no respondió, pero se encogió mucho de hombros, en un gesto especulativo que parecía conceder a cualquier persona con imaginación la posibilidad de interpretar sus órdenes de manera menos impactante.

–Soy Casey Waterman, del FBI –dijo el de pelo rapado.

–Jack Reacher, Ejército de los Estados Unidos.

–John White, CIA –dijo el de pelo largo.

Se estrecharon las manos y cayeron en el mismo tipo de silencio que Reacher había oído al entrar. Se habían quedado sin nada que decir. Reacher se sentó en un pupitre casi al fondo de la sala. Waterman estaba delante de él, a la izquierda, y White estaba delante a la derecha. Waterman permanecía muy quieto, pero atento. Hacía tiempo y ahorra energía. Ya lo había hecho antes. Era un agente experimentado, ningún principiante. Tampoco lo era White, a pesar de que se diferenciaba de Waterman en el resto de los aspectos. Él no se quedaba nunca quieto. Se estrujaba, retorció y restregaba las manos, y miraba al infinito de manera variable, enfocando lejos, enfocando cerca, a veces entrecerrando los ojos y haciendo muecas, mirando a la izquierda, mirando a la derecha, como atrapado en una secuencia de pensamientos tortuosa y sin salida. Un analista, supuso Reacher, después de pasar muchos años en un mundo de información poco fiable y de intrigas dobles, triples y cuádruples. Tenía derecho a mostrarse un poco inquieto.

Nadie habló.

Cinco minutos más tarde Reacher rompió el silencio y preguntó:

–¿Hay alguna historia en la que no nos hayamos llevado bien? El FBI, quiero decir, con la CIA y la Policía Militar. No estoy al tanto de nada serio. ¿Vosotros?

–Creo que estás sacando una conclusión equivocada –dijo Waterman–. No tiene que ver con la historia, tiene que ver con el futuro. Saben que somos cooperativos, lo cual les permite explotarnos. Piensa en la primera mitad del título del curso, remite tanto a innovación forense como a cooperación. E innovación significa que van a ahorrar dinero. Vamos a cooperar todavía más en el futuro, compartiendo espacio de laboratorio. Van a construir un lugar nuevo y lo vamos a usar todos. Apuesto a que es eso. Estamos aquí para que nos digan cómo hacer que funcione.

–Eso es una locura –dijo Reacher–. Yo no sé nada de laboratorios ni de planificación. Soy la persona menos indicada para eso.

–Yo también –dijo Waterman–. No es mi fuerte, para ser honesto.

–Es peor que una locura –dijo White–. Es una pérdida de tiempo colosal. Están pasando muchas cosas mucho más importantes.

Se estrujaba, retorció y restregaba las manos.

–¿Os sacaron de algún trabajo para traerlos aquí? –preguntó Reacher–. ¿Dejasteis cosas sin terminar?

–En realidad no. A mí me tocaba una rotación. Justo había cerrado algo, pensaba que de manera exitosa, pero esta fue mi recompensa.

–Míralo por el lado bueno: te puedes relajar. Tómatelo con calma. Juega al golf. No tienes que aprender cómo hacerlo funcionar. A la CIA no le importan para nada los laboratorios. Apenas los usan.

–Voy a ir con tres meses de retraso en el trabajo que debería estar empezando ahora mismo.

–¿Qué trabajo es?

–No te lo puedo decir.

–¿Quién lo está haciendo en tu lugar?

–Tampoco te lo puedo decir.

–¿Un buen analista?

–No lo suficiente. Se le van a escapar cosas que podrían ser vitales. Cosas imposibles de predecir.

–¿Qué cosas?

–No te lo puedo decir.

–Pero son cosas importantes, ¿no?

–Mucho más importantes que esto.

–¿Qué es lo que acabas de cerrar?

–No te lo puedo decir.

–¿Fue un servicio extraordinario a los Estados Unidos en una posición clave de responsabilidad?

–¿Qué?

–O palabras a tal efecto.

–Sí, diría que sí.

–Pero esta fue tu recompensa.

–La mía también –dijo Waterman–. Estoy en el mismo barco. Podría repetir lo que él dijo palabra por palabra. Esperaba un ascenso, no esto.

–¿Un ascenso por qué? ¿O después de qué?

–Cerramos un caso importante.

–¿Qué tipo de caso?

–Una persecución, básicamente. De muchos años y muy fría. Pero lo logramos.

–¿Un servicio para la nación?

–¿De qué va esto?

–Os estoy comparando entre vosotros y no encuentro muchas diferencias. Sois muy buenos agentes, de rango bastante alto, considerados leales, responsables y de fiar, por lo que os asignan una tarea importante. Y esta es la recompensa que ambos recibís por realizarla. Lo cual solo puede significar dos cosas.

–¿Cuáles? –dijo White.

–Quizás lo que hicisteis era comprometedor para ciertos círculos. Quizás ahora se tiene que poder negar. Quizás ahora tenéis que estar escondidos. Ojos que no ven, corazón que no siente.

White negó con la cabeza. Dijo:

–No, fue algo bien visto. Y estará bien visto durante años. Recibí una condecoración secreta y una carta personal del secretario de Estado. No hay necesidad de negarlo porque era totalmente secreto. Ninguna persona de esos círculos sabía nada al respecto.

Reacher miró a Waterman y dijo:

–¿Hubo algo comprometedor en la persecución?

Waterman negó con la cabeza y dijo:

–¿Cuál es la segunda posibilidad?

–Esto no es una escuela.

–¿Y entonces qué es?

–Un lugar al que mandan a los buenos agentes que acaban de lograr algo importante.

Waterman hizo una pausa. Le vino un nuevo pensamiento. Dijo:

–¿Estás en la misma situación que nosotros? No veo por qué no habrías de estarlo. ¿Por qué reclutar dos casos iguales y no tres?

Reacher asintió:

–Misma situación. Acabo de lograr algo importante. No cabe duda. Recibí una medalla esta mañana. Me colgaron una cinta alrededor del cuello por un trabajo bien hecho. Limpio y pulcro. Nada de lo que avergonzarse.

–¿Qué tipo de trabajo era?

–Estoy seguro de que es confidencial. Pero tengo información fiable de que podría haber implicado a alguien que entró en una casa por la fuerza y disparó al inquilino en la cabeza.

–¿Dónde?

–Un tiro en la frente y uno detrás de la oreja. Nunca falla.

–No, ¿dónde estaba la casa?

–Estoy seguro de que eso también es confidencial. Pero imagino que en un país extranjero. Y tengo información fiable de que en su nombre había muchas consonantes. Para nada demasiadas vocales. Y después la misma perso-